



Inmaculada 2016

La Palabra de Dios nos presenta hoy a Eva y María como caminos alternativos de vida ante Dios.

I. “El hombre llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven” (Gen 3, 20)

El libro del Génesis describe la creación y el lugar en el que Dios situó a Adán y Eva en estos términos:

“El Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo. Luego el Señor Dios plantó un jardín... y colocó en él al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase árboles hermosos para la vista y buenos para comer; además, el árbol de la vida en mitad del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal” (Gen 2, 7-9). *“El Señor Dios dio este mandato al hombre: ‘Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día en que comas de él, tendrás que morir’”* (Gen 2, 16-17).

El hombre recibió de Dios el nombre de Adán; y, por encargo de Dios, *“Adán puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontró ninguno como él, que le ayudase.”* (Gen 2, 20). *“Y el Señor formó... una mujer, y se la presentó a Adán. Adán dijo: ¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!... Los dos estaban desnudos, Adán y su mujer, pero no sentían vergüenza uno del otro.”* (Gen 3, 22-24).

En este delicioso jardín el Señor Dios se paseaba a la hora de la brisa, gozaba de la compañía de Adán y su mujer, sus criaturas preferidas, y hablaba con ellos (cf. Gen 3,8). El jardín de Adán y su mujer es paraíso por ser la casa habitada en la compañía de Dios.

Con esta narración tan sencilla y entrañable, tan humana, se ha descrito el tierno afecto con que el Señor Dios crea y cuida a los dos seres más queridos por él, Adán y su mujer, en los que ha reflejado su imagen y semejanza, y a los que ha entregado todo lo creado para que lo guarden, lo cultiven y les sirva de alimento (cf. Gen 2,15-16).

Pero también en ese lugar permite Dios la presencia de la serpiente, el Maligno, que seduce con engaño a la mujer diciéndole: El día que comáis del árbol prohibido no moriréis, *“se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal”* (Gen 3,5).



Cuando la mujer y Adán comieron del fruto, “*se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron*” (Gen 3,7).

Después de la desobediencia, el Señor Dios viene de nuevo al el jardín y “*Adán y su mujer se escondieron... entre los árboles*” (Gen 3,7-8). Pero Dios llama a Adán: “*¿Dónde estás?*”; y habla con él y con su mujer sobre la nueva situación de desnudez en que se han puesto: “*¿Quién te informó de que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?*” *¿Qué es lo que has hecho?*

El Señor Dios explica a Adán y su mujer el significado de su desnudez y las consecuencias de conocer no sólo el bien del paraíso sino también los efectos del mal en la vida diaria. La mujer dará a luz sus hijos con dolor, tendrá ansia de su marido y será dominada por él. El hombre, arrojado fuera del paraíso, comerá el pan con el sudor de su frente, en una tierra que producirá cardos y espinas; no tendrá acceso al fruto del árbol de la vida y volverá a la tierra de la que fue sacado (cf. Gen 3, 16-19).

De forma significativa, en este momento del relato se declara: “**El hombre llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven**” (Gen 3, 20). Eva es la madre de una larga descendencia de hijos desterrados del paraíso, que heredan de sus padres la dramática experiencia del mal en su vida diaria, que tuvo su episodio inicial en el asesinato de Abel por su hermano Caín. Así comienza a destruir la fraternidad un proyecto de vida que no brota de la comunión de amor con Dios, sino de la envidia y la soberbia.

Todo el relato ha puesto de relieve que y Adán y Eva son las criaturas más amadas de Dios, hasta el punto de dejar en ellos su imagen y semejanza, que les hace únicos en el mundo y capaces de administrar en los bienes de su creación. Pero Adán y Eva no son como Dios, no son dioses: no son dueños del árbol de la vida, no son la fuente de la vida; y no pueden conocer el bien y el mal como Dios lo conoce, sin dejarse dominar por el mal. Tienen que respetar la soberanía de Dios. Su osadía de invadir y apoderarse del conocimiento y del poder de Dios, se les ha manifestado como una peripecia de engaño y frustración, de vergüenza y de miedo ante Dios, que Adán reconoce: “*me dio miedo porque estaba desnudo y me escondí*” (Gen 3,10).

Pero Dios es fiel a su proyecto original de comunión de amor y de vida con el hombre y la mujer. Y en el primer momento de la caída y del reconocimiento del engaño que han sufrido, Dios hace a Adán y Eva una promesa de restauración. La serpiente, maldecida por Dios, será combatida, hasta ser vencida por la descendencia de la mujer, que aplastará su cabeza (cf. Gen 3, 15). La Iglesia ha reconocido en este anuncio de victoria una profecía de lo que habría de suceder en Cristo y María.



II. María es la Madre de los elegidos por Dios a ser sus hijos en Cristo

El Evangelio no hace referencia explícita a la Concepción Inmaculada de María, que hoy celebramos. Anuncia a María que va a concebir en su vientre, por obra del Espíritu Santo, al Hijo de Dios, que hará presente de forma definitiva y para siempre el Reino de Dios sobre la casa de Jacob, como se había prometido a David.

María comprende que se trata de la elección para ser la Madre del Mesías esperado por su pueblo. Confía en las palabras del ángel: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”*. *No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios*. Y convencida de que *“para Dios nada hay imposible”*, acoge la acción del Espíritu Santo en ella diciendo: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38).

El Señor, que está con María y la invita a alegrarse con su gracia, que ha llenado hasta el momento su vida, le anuncia la gracia mayor, la santificación más plena que una criatura puede recibir: la concepción de Jesús, el Hijo de Dios, por la acción del Espíritu Santo. Y, en consecuencia, ser la esposa del Espíritu Santo y la Madre del Hijo de Dios. Para ofrecer una digna morada al Hijo de Dios, es necesario que su Madre sea Inmaculada, totalmente santificada, desde el primer instante de su concepción y existencia humana. Con razón fue saludada en la fe por Isabel con estas palabras: *“Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto d tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”* (Lc 1, 42-43). *“Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá”* (Lc 1, 45).

María es la nueva Eva, que nos abre las puertas del paraíso que Eva nos cerró; la Hija fiel del Padre, que con su obediencia restaura la herida causada por la desobediencia de Eva; la Madre que lleva a sus hijos a alimentarse del verdadero árbol de la vida, que es Cristo, el *“renuevo del tronco de Jesé”*, sobre el que *“se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor”* (Is 11, 1-2). Él viene a llenar *“el país del conocimiento del Señor”* (Is 11, 9), y a restaurar en la convivencia humana y en la misma naturaleza la armonía del paraíso, que Eva rompió al pretender ser igual a Dios en el conocimiento del bien y del mal.

Con la concepción inmaculada de María comenzó Dios a preparar la llegada de la plenitud del tiempo y el envío de su Hijo, nacido de una mujer, para que recibiéramos la adopción filial. Con el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, podemos clamar a Dios *“Abba”*, Padre, y tener parte den la herencia de su Reino (cf. Gal 4, 4-7).

Por esta herencia ya recibida damos gracias con el himno de la carta a los efesios: *“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo... Él nos eligió ... para que fuésemos santos e*



Carlos López Hernández

irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado...a ser sus hijos...para que seamos alabanza de su gloria” (Ef 1, 3-5.12).

Cada uno hemos de discernir a cuál de estos caminos de vida, Eva y María, se ajustan nuestras actitudes y comportamientos; cuáles nos llevan a experiencias de desnudez, frustración, sufrimiento y miedo; y cuáles experimentamos como caminos de alegría, de paz interior y de libertad del espíritu en el amor.

Nuestra Madre Inmaculada nos llama en su fiesta a ser fieles a la elección de Dios y anhelar más intensamente en este Adviento ser santos e irreprochables y vivir en la obediencia del amor como hijos suyos.

Salamanca, 8 de Diciembre de 2016